

La Virgen María y la Evangelización de América

Dr. Alberto Caturelli

Reunidos los Apóstoles, momentos antes de la Ascensión del Señor, le preguntaron: “ ‘Señor, ¿es éste el tiempo en que estableces el reino para Israel?’ Mas Él les respondió: ‘No os corresponde conocer tiempos y ocasiones que el Padre ha fijado con su propia autoridad; recibiréis, sí, potestad, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo; y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y Samaría, y hasta los extremos de la tierra’ ” (Act. 1,6-8). El texto agrega: “dicho esto...”, es decir, inmediatamente después, ascendió en el cielo. Hasta entonces, habían predicado en Jerusalén y en la Judea. Pero las últimas palabras del Señor, precisamente las últimas, como su supremo testamento y mandato, es que han de ser sus testigos “hasta los extremos de la tierra”, en todo el mundo. Después de este acontecimiento y probablemente no más de un día después, se reunieron en el cenáculo Pedro, Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Tadeo, Santiago de Alfeo, Simón el Zelote y Judas de Santiago: “Todos ellos perseveraban unánimes en oración, con las mujeres, con María, la madre de Jesús, y con los hermanos de Éste” (Act. 1,14). El mandato misionero y la reunión del Cenáculo con María están íntimamente relacionadas y, a la vez, preparan Pentecostés. En la misión del Hijo, participa íntimamente su Madre; los discípulos son, pues, misioneros por modo de participación en la Misión del Verbo y, por eso mismo, son inconcebibles sin la cooperación corredentora de María. Pablo VI, al final de la Evangelii nuntiandi, dice bellamente: “En la mañana de Pentecostés, Ella presidió con su oración el comienzo de la evangelización bajo el influjo del Espíritu Santo”.

María, glorificada en cuerpo y alma, es imagen, modelo y principio de la Iglesia peregrinante; del mismo modo, aquí, en el tiempo finito de la historia, “antecede con su luz al pueblo de Dios peregrinante”. Por eso, no es casual que Cristóbal Colón, al armar la pequeña escuadra descubridora, bautizara con el nombre de Santa María a la nave capitana. Por lo demás, conocemos bien su devoción mariana que, seguramente, impulsó la costumbre de rezar y cantar la Salve todos juntos, durante la navegación. Esa noche del jueves 11 de octubre, así lo hicieron una vez más bajo la recomendación del Almirante de que vigilaran el castillo de proa y mirasen atentamente por la tierra, la cual apareció por fin a las dos de la madrugada del día siguiente: Coincidió así con la conmemoración de la Virgen del Pilar, la del pilar simbólico del seguimiento de Cristo y la futura Patrona de la Hispanidad. Juan Pablo II se hace eco de la muy probablemente cierta afirmación de que la más popular de las oraciones marianas después del Ave María, la Salve, fue compuesta en España por San Pedro de Mezonzo, Obispo de Compostela a fines del siglo x. Y fue precisamente después de haberla rezado los tripulantes de la pequeña escuadra colombina, cuando apareció la sombra de la isla de Guanahaní, antesala del Nuevo Mundo.

LA PARTICIPACIÓN DE MARÍA EN LA MISIÓN DEL HIJO

1. La misión del Hijo, por medio de María

a) María, la Madre del Descendiente.

Para comprender a fondo la presencia de María en la evangelización del Nuevo Mundo (presencia fundacional e ineliminable) es menester hacerse cargo de que el descubrimiento, inicial y progresivo, de América, significó una ampliación del campo de la misionalidad que, por primera vez, coincidía con la totalidad geográfica del mundo. Ya sabemos que el mandato “Id por el mundo entero, predicad el Evangelio a toda la creación” (Mc. 6,15) vale para todo el mundo conocido y por conocer; pero, de hecho, por vez primera se tenía una suerte de conciencia planetaria.

Sin embargo, dejemos de lado esta consideración un poco "física" del campo misional y vayamos a lo esencial: Puede percibirse, en los pasajes propiamente marianos del Antiguo Testamento, una estrecha relación entre el “linaje” de la mujer y la voluntad salvífica de Dios pues, en el Proto-evangelio se anuncia que el que es cabeza del linaje (el Enviado) aplastará la cabeza de la serpiente (Gén. 3,15). Luego, desde el principio se descubre una íntima relación no sólo entre el linaje y la mujer, sino entre el carácter misivo del linaje y la mujer por quien habrá de llegar. Como dice el texto: “Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañar”. Por detrás de Eva, la mujer que cedió a la tentación abriendo el paso al linaje de la serpiente, está María, la mujer inmune a toda tentación (Inmaculada) y por quien vendrá el linaje que derrotará a la serpiente. Por eso, Ella, desde la eternidad, coopera y participa del carácter misivo de su Descendiente. La enemistad supone la amistad con el pecado del hombre caído (la amistad con el Tentador) y así ha entrado el pecado en la historia confiriéndole su carácter trágico. La serpiente es el demonio, cuyo pecado es, en cierto modo, el pecado de la absoluta idolatría, pues sustituye a Dios por sí mismo; de él participan (pues todo pecado es, en el fondo, idolatría) todos los hombres que constituyen el linaje de la serpiente. El linaje de la serpiente tiene por cabeza al demonio; el linaje de la mujer (no olvidemos que detrás de Eva está María) tiene por cabeza a Cristo. Aunque el linaje, tomado genéricamente, son todos los hombres, principalmente es Cristo, “primogénito de toda creación” (Col. 1,15). Y la mujer por quien vendrá el Descendiente es María. La lucha mortal se entabla entre el demonio y Cristo (“él te aplastará la cabeza”). Por eso el Concilio Vaticano II enseña que “estos primeros documentos, tal como son leídos en la Iglesia y son entendidos bajo la luz de una ulterior y más plena revelación, cada vez con mayor claridad iluminan la figura de la mujer Madre del Redentor”.

Las breves dos líneas del Proto-evangelio contienen toda la historia pues todo el tiempo anterior a Cristo se ordena a la Encarnación del Verbo; pero si es así, no puede no ordenarse hacia María. Ante todo es Cristo, “el linaje”, el foco de la expectación del tiempo; pero, subordinadamente e ineludiblemente, lo es también María: “Dios, decía Pío IX en la *Ineffabilis Deo*, desde el principio y

antes de todos los siglos, escogió y preparó para su Hijo unigénito la Madre de la que, encarnándose, nacería en la venturosa plenitud de los tiempos”. Por eso, en la conciencia cristiana descubridora de América —desde Cristóbal Colón a la Reina Isabel y desde ésta a la de fray Bernardo Boyl— estaba claro que no habría evangelización ni conversión de los indios sin la mediación de María (mediadora universal); y aunque esta mediación no sea principal ni necesaria sino secundaria y subordinada a la mediación de Cristo, estaba prevista con anterioridad de naturaleza desde la eternidad. Los misioneros bien sabían que la serpiente, cabeza del anti-cuerpo Místico, “acechará el calcañar” del Descendiente; en el Proto-evangelio no se dice que “aplastará” a Cristo (al que creará haber vencido con su muerte en la Cruz) sino, solamente, que le “acechará”; es decir, que le embestirá y atacará sin resultado. En su aparente victoria encontrará la definitiva derrota. La Virgen María, al pie de la Cruz, aunque transida por su inmenso dolor de Madre, contemplará la derrota de la serpiente. Por todo esto, la historia de la humanidad es, aunque subordinadamente, expectación de María y así como el Verbo Encarnado es su Centro y su sentido, Señor de la historia, es María Tutora de la historia. Después de Cristo, la expansión misionera de la Iglesia, no podrá no ser mariana.

Volvamos al Antiguo Testamento para leer, una vez más, el texto de Isaías: “He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (7,14). El “linaje” de la Nueva Eva, no puede ser sino el Libertador de Israel, el Mesías y el instante de su concepción será la plenitud del tiempo histórico. Y el profeta señala y anuncia el milagro del “poder de Dios” (que es el mismo Dios): “la virgen concebirá y dará a luz un hijo”. Virgen concebirá y, sin dejar de serlo, lo “dará a luz”. Por eso es Ella misma la que le pondrá su nombre el que es, en cierto modo, su mismo ser: Emmanuel, “Dios con nosotros”. Y como tal es uno de los nombres de Cristo en cuanto todo ha sido creado por Él y para Él, su influjo es ejercido sobre cada hombre en vistas de María, “la virgen (que Lo) concebirá y (Lo) dará a luz”. Esta profecía, proferida por Isaías hacia el año 734 a.C. con ocasión de la invasión asiria, es mesiánica en sentido literal inmediato; si lo es, allende los acontecimientos señala directamente al Mesías y, por tanto, “la virgen (que) concebirá” es la Virgen María en la plenitud del tiempo de la historia de la salvación. En este incomparable “Libro de Emmanuel” de Isaías (caps. 6-12), el misterioso niño que se anuncia no es otro que Cristo, el Salvador (Is. 8); a su vez, la invasión del rey de Asiria, cuyas alas extendidas “cubrirán toda la extensión de tu tierra, oh Emmanuel” (8,8), alude a la “tierra de Yahvé” (que es la tierra de Emmanuel). Parece indicar por todo el mundo, “toda la creación”, por toda creatura, hasta donde llegará la misión salvadora de Emmanuel. Y si Emmanuel es Cristo (“Dios con nosotros”) y la virgen es María, se preanuncia aquí la misión universal de Cristo por María. El célebre texto de Miqueas que leemos todos los años en Navidad, expresa una profecía paralela, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de textos contemporáneos a los de Isaías; señalase no solamente el instante de la plenitud del tiempo (el instante en el cual una virgen concebirá) sino el lugar físico del nacimiento de Emmanuel: “Pero tú, Belén de Efrata, pequeña entre los millares de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser dominador de Israel, cuyos orígenes son desde los tiempos antiguos, desde los días de la eternidad. Por eso los entregará (a sus enemigos), hasta el tiempo en que dará a luz la que ha de dar a luz” (Miq. 5,2-3).

b) La participación íntima de María en la misión del Hijo

“El tiempo en que dará a luz (la virgen) que ha de dar a luz”, es el tiempo que, ya maduro, alcanza su plenitud suprema en el Instante en el cual coinciden el “sí” de María y la presencia de Dios en el seno de María: “cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, formado de mujer” (Gal. 4,4). El “linaje” anunciado en el Protoevangelio es el Descendiente que tendrá por tabernáculo el seno de María. Desde ese instante, comienza la participación íntima de María en la misión del Hijo, la impulsará con su oración desde Pentecostés y “misionará” con Él y con la Iglesia (el Cristo total) desde su muerte en la Cruz hasta los límites extremos de la tierra. En la narración de San Lucas (1,26-38) el saludo del ángel (“Salve, llena de gracia; el Señor es contigo”) se revela, por un lado, el hecho inaudito de la reverencia de un ángel a un ser humano y, por otro, la inabarcable intimidad de María con Dios Padre que la ha predestinado, con Dios Hijo que se encarna en su seno y con Dios Espíritu Santo que “desciende” sobre Ella. Como “la nube (que) cubrió el Tabernáculo de la Reunión y la gloria de Yahvé llenó la Morada” (Ex. 40, 34), es decir, Dios mismo, “el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (v. 35); María, en aquel instante, recibe la vida (como advierte Juan Pablo II) de Aquel a quien da la vida y por lo cual tan agudamente, Dante la llama “figlia del tuo figlio”. “He aquí la esclava del Señor; cúmplase conforme a tu palabra” (v. 38). El término “cúmplase”; es decir, el “sí”, hágase en mí (*fiat*) es el Instante del “pléroma tou Xronou”, de la plenitud del tiempo, de tanto valor como el primer *fiat* creador de Dios. Como dice San Alfonso, “Porque si Dios con otro *fiat* crió la luz, el Cielo y la tierra, María con este su *fiat* logró que Dios se hiciera hombre por nosotros”. Este Instante, en el que está presente la Trinidad, es el Instante de la entrada de la eternidad en el tiempo, o la entrada del Verbo en la historia. Cristo es, pues, el Centro de la historia y lo es en María y por María; luego, todo el tiempo que, desde el principio, se movía hacia Cristo, era simultáneamente, expectación de María, en cada hombre, en cada sociedad, en cada cultura. Por eso, el “sí” de María y su inconmensurable humildad; es pronunciado, como enseña Santo Tomás, en nombre de la totalidad de la naturaleza humana. Pero así como el “cúmplase” no es algo abstracto sino concreto (cúmplase en mí, en mi propio seno), del mismo modo es dicho no en abstracto sino en nombre de cada hombre concreto, de todo tiempo, uno por uno. Si la misión salvadora del Verbo se extiende a todo hombre, uno por uno, y ha de ser transmitida a todo hombre por sus discípulos (“Id y enseñad...”), también la co-presencia de María ha de extenderse a todo hombre y a toda cultura a lo largo del tiempo y hasta el fin del tiempo. También la historia anterior a la “plenitud del tiempo” se orienta hacia María porque el “sí” mariano es simultáneo con la Encarnación del Verbo, en la cual María se sumerge en el insondable misterio hipostático de Cristo y, a la vez y por eso mismo, toda la historia anterior, desde Adán hasta Juan el Bautista, se agolpa y resume, eminentemente, en el Instante del consentimiento de María. El consentimiento de María en el Instante culminante del tiempo, la pone entre Dios y los hombres, como enseña Juan Pablo II, porque “se pone ‘en medio’”, como mediadora en cuanto madre; trátase de una mediación intercesora, suplicante. María es, pues, la Intercesora suplicante entre los hombres y Dios; recuérdese que “interceder” significa por el acto de rogar o mediar por otro para alcanzarle una gracia o liberarle de un mal. En ese sentido es mediadora subordinada —suplicante— con la autoridad que Dios ha querido conferirle para cuidar de los hombres que, siendo como niños y arrastrando consigo las consecuencias del pecado, parecen no tener completa capacidad para lograr la salvación eterna. En ese sentido es mediadora del único Mediador y Salvador y, por eso, es la Intercesora-suplicante. Y así, como enseguida veremos, en el proceso de evangelización de los hombres y los pueblos. Ella se constituye en mediadora-Intercesora, misionera del Misionero Salvador, llamando y atrayendo hacia el Hijo a los hombres sumidos en el pecado antiguo (“los pobres de Yahvé”) hasta arrancarlos del poder de la serpiente. La participación de María en la misionalidad

del Hijo no puede ser más íntima. Cuando el misionero transmite la Palabra (que es lo mismo que transmitir a Cristo) también pone, instantáneamente, en su mismo acto, a cada hombre objeto de su transmisión, en el ambiente íntimo de la intercesión de María. Y María, a su vez, alimenta y sostiene, en cuanto mediadora entre el misionero y Cristo-Misionero, el acto misional del discípulo de Cristo.

2. María y el Cristo Total

a) María en Pentecostés

El “sí” de María que abre el tiempo a la misión del Hijo, una vez que Éste ha cumplido su obra de rescate al expirar en la Cruz, queda a la espera de la efusión del Espíritu en la comunidad apostólica. Hay una relación íntima entre la Maternidad de María —Madre de Cristo y de su Cuerpo Místico— y la misión del Espíritu. El Señor les mandó no alejarse de Jerusalén, poco antes de su Ascensión, para que recibieran la virtud del Espíritu “que descenderá sobre vosotros” (Act. 1,4-8). Poco después de su Ascensión, “se hallaban todos juntos en el mismo lugar” (probablemente la misma casa en la que se habían reunido al regresar del monte de los olivos) “cuando de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento que soplabla con ímpetu, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas divididas, como de fuego, posándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron entonces llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, tal como el Espíritu les daba que hablasen” (Act. 2,1-4). El Espíritu les es enviado a “todos juntos” y se posó “sobre cada uno de ellos”; es decir, no sólo a los discípulos sino a las piadosas mujeres que, seguramente, seguían formando el grupo; debemos, por tanto, estar seguros de la presencia física de María, “presidiendo”, como dice Pablo VI, “el comienzo de la evangelización” y también el comienzo de la historia de la Iglesia. “Todos fueron llenos del Espíritu Santo” llevando a su culminación la Pascua de Cristo y el Espíritu se dona a Sí mismo para que todos den testimonio “hasta los extremos de la tierra” (Act. 1,8). El “viento” y el “fuego”, frecuentes signos de las teofanías de Dios en las Escrituras, significan, también, en cuanto fenómenos visibles, que la acción misionera del Espíritu alcanza a todos los pueblos y naciones de la tierra. Eminentemente en María, participadamente en los discípulos, todos reciben “el impulso de misión” de que habla el Concilio Vaticano II. En Pentecostés comienza la misión ecuménica de corredentora y mediadora para todos los hombres de los cuales será la Intercesora suplicante hasta el fin de los tiempos.

Esta suerte de co-misionalidad subordinada de María, la ejerce en cuanto Madre de la Iglesia. Cada cristiano, en el Bautismo, es engendrado por María; de modo que es Madre de Cristo (Cabeza de la Iglesia) en virtud de su maternidad divina y es madre nuestra (los miembros de la Iglesia); de ahí que Pablo VI no dudara en proclamarla Madre de la Iglesia. También podemos decir, en verdad, que es madre no sólo de los miembros actuales del Cuerpo Místico, sino de los miembros potenciales; es decir, es madre de todos los hombres y voca o llama hacia Cristo a todos los paganos, a todos aquellos que son potenciales miembros de la Iglesia y que son, por eso, objeto de la solicitud amorosa de las misiones. La Iglesia es misionera porque Cristo es misionero. Como enseña San Agustín, el totus Christus (el Cristo Total) es la Iglesia en su plenitud, o sea en su Cabeza y en sus miembros. A partir de Pentecostés, la mediación corredentora y misional de María es en cierto modo más que la Iglesia (quiero decir que de cada uno de sus miembros) y alcanza a todos los hombres de todo tiempo; hermosamente lo expresa Journet cuando dice: “En María, la Iglesia toca ese extremo (la pureza total)

hacia el que tiende sin poder alcanzarlo por sí sola. En María es la Iglesia plenamente la Iglesia. En María, la Iglesia se convierte en corredentora de todos aquéllos de los que Cristo es el único redentor, es decir, de todos los hombres, sépanlo o no lo sepan”. En Pentecostés ya está incoada la Asunción y es, en ese sentido, una suerte de punto de partida. Pero, al mismo tiempo María, figura esencialmente escatológica, es como la luz de la evangelización del mundo hasta el último día. Llama, como Madre amorosa, a todos los hombres hacia Cristo; mediadora-Intercesora, porque es la Madre (Teotokos) es también Cristófora. Dicho de otro modo, porque es Madre, propia y realmente, del Verbo encarnado por haberlo engendrado según la carne y Madre espiritual de todos los hombres, lleva a Cristo para todos y llama a todos hacia y para Cristo. Por eso, “la Virgen María es Estrella de la Evangelización, presencia evangelizadora con todos sus misterios”. Los no cristianos, aunque no lo sepan, también la esperan.

b) La misteriosa espera de María en las culturas paganas

La “presencia evangelizadora” de María es real desde los comienzos mismos de la historia de la salvación y adquirirá un modo característico en las circunstancias del Nuevo Mundo. En el Protoevangelio ya está presente como espera del “linaje” de la mujer porque en María culminará la expectación del pueblo elegido. En el consentimiento mariano, plenitud del tiempo total del mundo, María resume eminentemente una espera de casi veinte siglos. Daniélou ha puesto de relieve esta larga preparación del pueblo de Israel que no comprendía en absoluto el plan de Dios, pues creía que Yahvé lo había escogido sólo para ofrecerle bienes temporales y liberarle de la dominación de Egipto; por eso el Señor comienza, primero, por prometerles cierto bienestar temporal y, cuando ya se los ha dado, va retirándoselo para que vaya comprendiendo el misterio de la Cruz, para que vaya vaciándose de sí mismo y llenándose de Dios. Luego, la historia de Israel es, en gran medida, la historia de la infidelidad del pueblo elegido y, cuando se encontraron con Cristo, a pesar de que habían leído en Isaías un anticipo detallado y exacto de su misión, se sintieron decepcionados y, en gran número, le rechazaron. Sin embargo, los verdaderos israelitas fieles a la promesa, le recibieron y anunciaron como, eminentemente y finalmente, hace el Bautista; pero en quien alcanzó su perfecta consumación la fiel espera de Cristo es en María; Daniélou nos dice que Ella pidió exclusivamente la gracia, no los bienes temporales (gratia plena) y, por eso, al contrario de lo que ocurrió con el pueblo de Israel, “fue en Ella en quien dio verdadero fruto la preparación de Israel”. Israel no comprendía que Dios lo era de todos los hombres, no sólo de Israel y que, cuando Él llegara, el pueblo de la promesa debía desaparecer, abandonar su primacía e igualarse con los demás pueblos de toda la tierra. San Juan Bautista así lo comprende; por eso, una vez que él conoce el Mesías, desaparece: “ve a Jesús que viene hacia él y dice: ‘He aquí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. Este es de quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre que es más que yo, porque existía antes que yo’” (Jn. 1,29-30). El Cordero que existe desde toda la eternidad (antes que yo) es el Mesías, el Salvador. Juan se nadifica y vacía de sí mismo para que Él cumpla su misión universal. El pueblo judío debió, por ese motivo, negarse a sí mismo para salvarse y para ser instrumento de la salvación de todos los pueblos de la tierra. La infidelidad del pueblo hebreo se contrapone a la fidelidad total de María: Ella es de la estirpe de David y su fidelidad la convierte en la Madre del Salvador y en la Mediadora entre todos los hombres y el Mediador, dando así cumplimiento perfecto al plan de Dios. María alcanza así una plenitud de significado para todos los hombres y todos los pueblos: Puede ser contemplado desde la caída de Adán hasta la Encarnación del Verbo en la expectación de la Virgen como espera del “tiempo en que dará a luz La que ha de dar a luz” (Miq, 5,2); después, desde

la Encarnación hasta el Nacimiento, tiempo en el cual María es físicamente —no sólo espiritualmente— cristófora, porque meció en su seno al Salvador del mundo; luego, desde la Navidad hasta la vida pública, el misteriosísimo ámbito de la inmensa felicidad de María por convivir con su Hijo; después, la espada clavada en su corazón como anunció Simeón en la Pasión y Muerte de Cristo. Por fin, entre la Ascensión y Pentecostés, la espera del Espíritu Santo y, desde Pentecostés hasta la Parusía, la misión corredentora y mediadora de María para todos y cada uno de los hombres y de los pueblos.

Sin embargo, aunque el Salvador haya venido, aún no se ha manifestado plenamente; por eso dice Daniélou que “todavía estamos en Adviento”; respecto de toda la humanidad, no ha venido todavía para todos, porque muchos le esperan y, en ellos, debe el Mesías nacer espiritualmente, así como en nosotros sigue existiendo una Navidad perpetua. Por mi parte podría agregar, no con la lógica de la mera razón sino con la lógica cristiana, que el Cristo Total, paradójicamente no es del todo total y no lo será hasta que todos los hombres y todos los pueblos Le conozcan y sean miembros suyos. María prepara el advento de Cristo disponiendo a cada uno de nosotros al nacimiento de Cristo engendrándonos en la vida de la gracia; igualmente, en cada pueblo y en cada cultura que todavía no Le conoce, prepara el advenimiento de Cristo. En ese sentido, en virtud de su Maternidad y, por ella, de su intimidad hipostática con Cristo, participa como nadie del carácter evangelizador de su Hijo en cada pueblo y en cada cultura. Por consiguiente, así como oportunamente he hablado del “Logos spermatikós” no sólo en la cultura clásica sino también en las culturas precolombinas, de análogo modo y subordinadamente debe sostenerse una misteriosa presencia de María en las culturas y en los pueblos no cristianos a los que va preparando para el advenimiento del libertador; Ella va adelantando la gracia preventiva en aquellos que, más tarde, recibirán la gracia santificante cuando hayan escuchado la Palabra y pasado por las aguas del Bautismo. La evidencia de que este misterio se ha realizado en América y mi propia reflexión sobre él, explica mi adhesión a la tesis de Daniélou en este tema: “podemos comprender —expresa el eminente teólogo— la misteriosa misión de la Santísima Virgen en los pueblos paganos: en ellos la Iglesia no está establecida todavía, Jesús no llegó aún y, sin embargo, ya se encuentra presente la Iglesia, porque María lo está”; así como existe una misteriosa relación de los pecadores con María que rezan a María (sobre todo el Ave María) cuando no se atreven a rezar a Cristo, del mismo modo, “hay una presencia de María en esos pueblos que están aún en las tinieblas”. Semejante preparación mariana desde dentro de los pueblos y culturas paganos, permite concluir que “antes de que estemos en estado de gracia no nos encontramos excluidos de toda clase de gracias, porque las hay también para aquéllos que no están en gracia, aún. Son precisamente las gracias que preparan para recibir la Gracia, y si no fuera por ellas no la alcanzaríamos jamás. Porque si podemos conseguirla es precisamente por ellas. Esta es la misión de María. Representa a la gracia cuando la Gracia aún no ha llegado”.

LA EVANGELIZACIÓN DEL NUEVO MUNDO, EPOPEYA MARIANA

1. La conciencia descubridora y evangelizadora como conciencia mariana

a) La misteriosa espera de María en las culturas precolombinas

Cuando el primer misionero llegó a América, hacía casi mil quinientos años que el Salvador había venido. Pero, para el hombre precolombino, todavía no se había manifestado. Faltaba la Navidad del Mesías que pugnaba por nacer desde las semillas del Verbo sembradas en los corazones de los hombres y en el fondo de su cultura. Aunque agostadas por la maleza inicua de la idolatría y las perversiones, quizá sea posible percibir apenas, como en penumbras, los indicios de la gracia preventiva, propiamente mariana.

Si María representa a la gracia que prepara, es lógico preguntarse por la posibilidad de semejante preparación en las culturas no-cristianas. El ya citado Daniélou no duda en encontrar una escondida pero real presencia de María en las religiones del extremo Oriente, según los caracteres de cada raza y cultura. En ese sentido cree que esa prefiguración, en China, se muestra como Madre en cuanto la piedad filial es esencial en la cultura china. De ahí la extrañeza de los chinos por el menor aprecio de María en los protestantes. El culto a la madre, según Daniélou, predispone al reconocimiento de Cristo por medio de María. En cambio, en la India, siempre ha estado presente el culto a la diosa virgen y a la virginidad (fases fenoménicas del Advaita) el cual prepara a la cultura hindú para comprender la grandeza cósmica de la Virgen María; trátase, entonces, de un “presentimiento de la Virgen”. Por eso, “Si a China corresponderá profundizar la Maternidad de María, será la India la que ha de desplegar los esplendores de su Virginidad”. Por otra parte, una religión postcristiana como el Islamismo, tiene un alto aprecio por la pureza de María, la mujer intocada, sin mancha, a la cual defiende de la calumnia de los judíos contra su pureza virginal (Sura 4,156). Ningún mortal la ha tocado jamás (3,47; 19,20) pues ella es “la que conservó su virginidad” (21,91; 66,12). No se trata, en el Islamismo, de una presencia implícita sino de una manifiesta presencia de María; y, aunque sea tan difícil la conversión de los mahometanos, la gracia preventiva, que puede llevarlos a la única religión verdadera, es una gracia mariana que les hará comprender la Virgen pura; detrás de esta pureza virginal, alcanza a vislumbrarse, como en tinieblas, la Inmaculada concepción. Estas indicaciones generales deberían ser consideradas como meros esbozos que preparan un examen del mismo tema en las demás religiones de la tierra. Aquí, en cambio, debo volver al tema esencial.

¿Existió, en las culturas precolombinas, esta misteriosa preparación y espera de María? La pregunta, en verdad, se dirige casi exclusivamente a las religiones de Mesoamérica, porque fueron ellas las más desarrolladas y como lo más incluye lo menos, creo que las conclusiones serán valederas para el todo. He estudiado en otro lugar la visión náhuatl del mundo que tiene la característica de ser una suerte de

caja de resonancia o de síntesis de las culturas anteriores. Precisamente recibió como herencia lo que se podría considerar la noción suprema de la Divinidad en la general concepción dualista del mundo; semejante noción suprema es la de Ometéotl, el Dios de la dualidad, que habita en Omeyocan, el lugar de la dualidad. Este principio, a la vez engendra (Señor dual) y concibe (Señora dual); es, por ello, el padre y la madre de los dioses, el que da la vida. Si bien se trata sólo de un supremo principio cósmico que genera todo lo que hay en el universo, la presencia de lo femenino como madre “de los dioses”, como madre “nuestra”, posibilita una remota preparación mariana. Así lo han considerado los posteriores intérpretes de la manifestación y mensaje de María en el Tepeyac porque allí se presenta, precisamente, como Madre, pero, a la vez, como creatura negando implícita pero enérgicamente el dualismo cósmico; el quincunce grabado sobre su vestido a la altura del vientre (y al que me referiré más adelante) precede el nacimiento del Sol (en este caso el Niño Dios) que es Hijo de mujer. La imagen ha eliminado el significado mítico y, por detrás de la “madre de los dioses” (que no existen) surge esplendorosa la Madre del Dios vivo, Salvador de los hombres. El principio femenino adquiere aspectos terroríficos y demoníacos, en esa espantosa Madre de Huitzilopochtli, la de la falda de serpientes, como si el Tentador hubiese querido invertir totalmente la naturaleza de la mujer cuyo linaje aplastará su cabeza (Gen. 3,15). Pero es significativo y misterioso que Coatlicue tuviera un templo precisamente en el Tepeyac, donde María Santísima se aparecerá a Juan Diego y donde se edificará su basílica. Los misioneros parecían intuir esta presencia preventiva y preparatoria de María allende la maraña de la mitología: Inmediatamente después de hablarles del Dios Uno y verdadero, les daban “a entender quién era Santa María”, cuenta Motolinía, no sólo porque erróneamente a todo denominaban María, sino porque después comenzaron a venir al Bautismo y a buscar el reino de Dios. Parecen vislumbrarse las principales prerrogativas de María; pero, entre ellas, se destacan la Maternidad espiritual y su carácter de Mediadora entre los hombres y Cristo. María es Mediadora (del Mediador) porque es Corredentora y Madre.

b) La fundación de América, fundación mariana

La misteriosa expectación de María, gracia preventiva que prepara la Gracia, debía comenzar a hacerse presencia efectiva y Gracia actual al entrar en contacto la conciencia descubridora, cristiana y mariana, con el mundo precolombino. El ansia de Dios encubierta en este mundo mítico-mágico, no significaba que realmente poseyeran a Dios; y esto era así porque, como observa Daniélou, para la humanidad primitiva “todo era Dios, y nada era realmente Dios. La humanidad primitiva lo divinizaba todo, pero sin hallar nunca al verdadero Dios”. La evangelización, acto propio de la conciencia cristiano-mariana que desmitifica (momento de ruptura) y transfigura (momento de la conversión) la cultura precolombina, elimina la “divinización” de todo y, por eso, conduce al único Dios. Dios es creador y, por eso, el Sol, la tierra, la Luna, las estrellas, la lluvia, las montañas, manifiestan la potencia de Dios pero no son Dios, ni son dioses. Cuando la misteriosa espera de María se convierte en presencia actual, mueren los mitos y los dioses: “a la verdad los dioses también murieron”, como dicen los tlamatinime a los doce apóstoles franciscanos. La llegada del “linaje de la mujer” ha aplastado la cabeza de la antigua serpiente y el “linaje” de la serpiente idolátrica ha sido vencido. El Mediador principal y universal es, por fin, predicado y el mundo precolombino, desmitificado y transfigurado, alcanza el estado de la “nueva creación”. Nace así, cada persona y cada pueblo, a la novedad radical que no niega sino que hace de lo “viejo” surgir lo nuevo, lo sobrenaturalmente nuevo; y esto es posible, también, por obra de la mediación secundaria, dependiente y subordinada de María (Mediadora del Mediador). Por consiguiente, si el Nuevo Mundo es fundado por la Iglesia Católica

cuya cabeza es Cristo, la Mediadora del Mediador y Madre de la Iglesia es, también, fundadora del Nuevo Mundo. Por eso debemos decir que la fundación de América es fundación mariana. Antes del descubrimiento, América no existía, ni para el mundo precolombino ni para el mundo que España representaba. Ahora, por la predicación de la Palabra de Cristo y la presencia corredentora de María, América existe. Por eso he dicho anteriormente que América ha nacido cristiano-católica y no es comprensible fuera del ámbito de la fe. En el orden temporal, es España (y todo un pueblo en misión) la nación fundadora del Nuevo Mundo; en el orden sobrenatural, es la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo-Cabeza y, con Ella, su Madre Santa María, fundadora del Nuevo Mundo.

2. El Evangelio de Guadalupe como teología misional mariana

a) El acontecimiento del Tepeyac y la evangelización de América

María, la “Estrella de la evangelización”, como le llamó el documento de Puebla, pugnaba por aparecer como un remotísimo adviento en las comunidades precolombinas; vino en el venir de la conciencia descubridora “embarcada” en la nave capitana del Almirante; y se hizo personalmente presente en 1531 en la cumbre del Tepeyac, los días 9 y 10 de diciembre al indio Juan Diego y el día 12 al mismo Juan Diego y a su tío Juan Bernardino. Sigo la narración del Nican Mopohua (‘Aquí se narra...’) escrita por el sabio indio D. Antonio Valeriano (según algunos por un grupo por él dirigido) poco antes o poco después de la muerte de Juan Diego acaecida en 1548; cotejaré con ese breve compendio que es el *Inin Huey tlamahuizoltzin* (‘Esta es la gran maravilla’) o *Relación primitiva*, escrita en náhuatl entre 1541 y 1545 por el piadoso P. Juan González, intérprete del primer Obispo de México, fray Juan de Zumárraga. La distribución en versículos se debe a su más reciente editor y discípulo del P. Ángel María Garibay, el P. Mario Rojas Sánchez. Primero, los hechos. Después, su contenido y significación simbólica y doctrinal. En el año 1531, diez años después de la conquista de Méjico, “cuando ya estaban depuestas las flechas, los escudos, cuando por todas partes había paz en los pueblos” (v. 1), el sábado 9 de diciembre, Juan Diego, cuyo nombre era Cuauhtlatoatzin (“el que habla como águila”) antes de su bautismo acaecido en 1524, al llegar al pequeño cerro llamado Tepeyac, lo asombró una suerte de cambio en el paisaje que le hizo preguntarse dónde estaba, si acaso “en la tierra celestial” (v. 10). Hacia arriba, hacia donde sale el sol, una hermosa doncella, “cuyo vestido relucía como el sol” y todo cuanto le rodeaba (v. 14, 17), le llamaba; Juan Diego se postró ante Ella (v. 22). Después de preguntarle a donde iba y de responder Juan Diego que a la Santa Misa, Ella se presenta: “Sábelo, ten por cierto, hijo mío el más pequeño, que yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive...” (v. 26); aquí comienza lo que, con toda justicia, se ha dado en llamar “el Evangelio de Guadalupe” y cuyo estudio dejo para más adelante (vv. 26-27, 58-62). Pídele que allí mismo se le levante un templo y envía a Juan Diego con este recado a ver al Obispo, fray Juan de Zumárraga. El santo Obispo le atendió benévolamente, pero, como el mismo Juan Diego cuenta a la Señora, el Obispo, o no lo entendió o no le tenía por cierto (v. 51). Humildísimamente, Juan Diego parece encontrarlo natural, porque él es nada: “yo soy un hombre del campo, soy mecapal, soy parihuela, soy cola, soy ala; yo mismo necesito ser conducido” (v. 55). Ruega ser dispensado de su misión. Pero María insiste: “es muy necesario que tú, personalmente, vayas, ruegues, que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad” (v. 59) y,

cariñosamente le envía: “de nuevo dile de qué modo yo, personalmente, la siempre Virgen María, yo, que soy la Madre de Dios, te mando” (v. 62).

Allá fue Juan Diego no sin advertir a María que “tal vez no seré oído, y si fuese oído quizá no seré creído” (v. 64) prometiendo regresar a la tarde del siguiente día; mientras tanto, candorosamente, saluda a María diciéndole “pequeña, jovencita, Señora, Niña mía” y recomendándole descansar otro poquito (v. 66). El día siguiente, luego de oír la Misa y no sin trabajo, logró ver al Obispo quien le preguntó e investigó y le dijo “que era muy necesaria alguna otra señal para poder ser creído” (v. 78, Inin Huey, v. 19). Llevó Juan Diego a la Señora el pedido del Obispo y María le prometió la señal para el día siguiente, lunes; pero, camino de su casa, Juan Diego enteróse que su tío Juan Bernardino estaba muy grave, ya sin esperanzas, quien le rogó fuera a Tlatelolco a buscarle un sacerdote hacia donde partió siendo la madrugada del martes. Este hecho le impedía cumplir con María y, por eso, con ingenuidad de niño, trató de eludirla haciendo un rodeo; pero María, “la que perfectamente a todas partes está mirando” (v. 104) “le vino a atajar los pasos” (v. 106) preguntándole a dónde iba. Nárrale la urgencia de su tío y le pide perdón; pero María, con enternecedor cariño maternal le recuerda que es su Madre: “¿no estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?” (v. 119) y le anuncia que su tío está curado (v. 120). Juan Diego no duda ni por un instante y se dispone a recibir la señal prometida. Le mandó la señora subir al cerro (lugar árido y con la escarcha de diciembre): Allí encontrará flores, deberá cortarlas y llevárselas todas juntas (v. 126; Inin Huey, v. 27). A pesar de ser invierno, el indito no duda: Y allí estaban las flores a las que cortó y “puso en el hueco de su tilma” (v. 131), Llevólas a María, quien las tomó con sus manos y las volvió a poner en el hueco del ayate de Juan Diego enviándolo donde el Obispo a quien le narró todo lo ocurrido y concluyó diciendo: “Aquí las tienes; hazme favor de recibirlas. Y luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco había colocado las flores. Y así como cayeron al suelo todas las variadas flores preciosas, luego allí se convirtió en señal, se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está” (v. 181-183; Inin Huey, v. 32-33). Todos fueron luego a visitar a Juan Bernardino quien contó cómo, cuando Juan Diego le dejó para buscarle un sacerdote, fue curado y se le apareció María a la que “vio exactamente en la misma forma en que se había aparecido a su sobrino”. Y a Juan Bernardino envió también donde el Obispo “y que bien así la llamaría, bien así se nombraría: La perfecta Virgen Santa María de Guadalupe, su Amada imagen” (v. 208). Tales son los hechos.

Pero tales hechos contienen un lenguaje inagotable. Ante todo, las palabras de la Virgen; luego, su Imagen “que absolutamente ningún hombre de la tierra pintó” (v. 218); el poncho o tilma de Juan Diego donde se grabó la Imagen y las mismas personas de Juan Diego y de Juan Bernardino.

Meditaré, primero, en el carácter evangelizador del lenguaje simbólico de la Imagen y el ayate. Dejo para el párrafo siguiente la evangelización mariana contenida en las palabras de la Señora. En la tercera parte, volveremos a encontrarnos con Juan Diego, el enviado de María, y con Juan Bernardino.

b) La evangelización del Nuevo Mundo en los signos de la Imagen

Observemos atentamente la Imagen. En el momento en el cual escribo hace cuatrocientos cincuenta y ocho años que la miran con amor y devoción millones de peregrinos. La primera vez que la vi, en la antigua Basílica, leí poco. En las oportunidades siguientes, ya en la Basílica actual, leí un poco más y, progresivamente, más y más, hasta percatarme que la Imagen ofrece un lenguaje simbólico que no podré agotar jamás. También he percibido el grado de ceguera y de miopía espiritual de que era víctima y que, además, el agudo astigmatismo que padezco no era solamente oftálmico sino sobrenatural: mirar sin ver, deformar lo que se mira, malinterpretar como consecuencia, hasta, por fin, comprender en carne propia que Dios sólo se revela a los humildes y sencillos. Primera lección que, maternal y amorosamente, se ha dignado darme la Señora.

El poncho o ayate de Juan Diego mide un metro sesenta y ocho centímetros de altura, por un metro con tres centímetros de ancho. La Imagen propiamente dicha mide un metro con cuarenta y tres centímetros. Ante todo, contemplemos la situación de la figura: Se trata de una joven, casi adolescente, de serena belleza, de tez ligeramente morena; toda su persona cubre al sol el cual, por detrás suyo, deja ver sus rayos, sesenta y dos del lado derecho y sesenta y siete del izquierdo; está apoyada sobre la luna oscura con sus cuernos hacia arriba. La imagen recuerda, inmediatamente, a la mujer “revestida del sol y con la luna bajo sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas, la cual, hallándose encinta, gritaba con dolores de parto y en las angustias del alumbramiento” (Apoc. 12,1). Ya se sabe que este texto sólo se ha aplicado a la Virgen con sentido acomodaticio (por muchos Padres) y significa, en realidad, la Iglesia; pero parece aludir a la lucha de los dos linajes, el de la mujer (detrás de la cual está María) y el de la serpiente (Gen. 3,15). Pero la imagen de Guadalupe, es, en verdad, una suerte de pictograma perfectamente adaptado a la mentalidad de los indígenas de entonces quienes podían leer completamente el mensaje: Ante todo, porque el Sol (Huitzilopochtli) al ser cubierto por Ella, es sólo una creatura y no es Dios; por lo mismo, la luna (Coyolxauhqui) “deidad que siembra la discordia, aparece a los pies de la Señora, de color negro, lo cual indica que ha sido consumida y derrotada”; del mismo modo, las estrellas en el manto azul de la Virgen, a Ella están subordinadas porque los astros no son dioses. El indio veía, es cierto, derrumbarse los mitos y los dioses (María desmitifica y elimina la idolatría) pero así quedaba preparado para “leer” que el Sol es símbolo de Cristo, “sol de justicia” (Mal. 4,2) y de la misma María en cuanto Madre suya.

Los rayos de luz del sol forman una aureola que rodea el cuerpo en forma de almendra (mandorla) con lo cual se indica su calidad de cuerpo glorioso; pero debe recordarse que la mandorla ha sido un símbolo pagano obtenido de la interpretación de dos círculos que se cortan (tierra y cielo, materia y espíritu) expresión suprema del dualismo. Naturalmente puede pensarse que la imagen de María, Madre del Dios único, elimina el dualismo en el cual también vivían los precolombinos; su manto azul (o turquesa para ser más exacto) como signo de superior dignidad, en este caso evoca, a la vez, tanto “el desvelarse de la verdad” (el azul es el color de la verdad) como el carácter regio de Quien se cubre con él. El indígena, al mirar las estrellas del manto de la Virgen debían verla como la Reina del cielo, guía, y a Ella misma como “estrella” que guía. Y al mirar sus manos juntas y suplicantes, debió compararlas con las manos de los ídolos femeninos expuestas de frente y sosteniendo serpientes o caracoles y por eso, diosas; en cambio, las manos juntas simbolizan que la Virgen no es diosa, que ha eliminado a la serpiente; que Ella no se identifica con el todo (la vida, el movimiento) pero que sí lleva consigo la Vida. ¡Qué inconmensurable sorpresa, para un indígena, haber leído en la Imagen que María sí era la Madre de Dios único y, por eso, portadora de la Vida! Esas manos juntas implorantes son de una creatura que intercede ante Dios, que media entre los hombres y el Salvador; por eso, más de un misionero habrá podido indicar gráficamente el gesto cuando catequizaba a los indios.

Nuestra propia admiración sube de punto al observar el cingulo morado que ciñe la cintura de la Virgen. El ceñidor, para el indígena era el signo del embarazo en la mujer; para el cristiano es signo de la virginidad; luego, para el indígena catequizado, era, ahora, el signo de una Madre virgen en cuyo seno se ha encarnado el mismo Dios. No es, pues, la “madre” de Quetzalcoatl o de Tloque in Nahuaque (el dueño del cerca y del junto) sino de Aquel (el Verbo) que, como una sombra, se insinúa detrás de ellos, inconmensurablemente alejado después de la larga corrupción de la Alianza cósmica o revelación primitiva; el indígena no podía no terminar de “leer” que se trata de la Madre de Dios; pero como el embarazo anticipa el nacimiento de un niño, quien ha de nacer es también hombre verdadero. El quincunce en forma de flor de cuatro pétalos grabado sobre el vientre de María (signo de la totalidad) marca, en lenguaje náhuatl, el fin de una era y el comienzo de otra, es decir, “es el comienzo de una era que preside esta mujer, al dar a luz a su Hijo, que significaba el triunfo de la luz sobre las tinieblas”. Para el mundo precolombino, por mediación de la Virgen Madre de Dios, ha llegado la salvación, la buena nueva.

El ángel que, a los pies de la Señora, sostiene el todo, para los indígenas era un hombre alado “que participa de los dones celestiales”. Sé perfectamente que he indicado apenas grandes líneas y que el estudio de la simbología de la Imagen puede seguir indefinidamente; pero es ya suficiente para percatarnos que María se muestra, en la tilma de Juan Diego, como la gran desmitificadora y transfiguradora del mundo precolombino que alcanzará, por su mediación, el “ser nuevo” de la “nueva creatura”. Por Ella llegará a ser el Nuevo Mundo cristiano.

No dejemos de observar la Imagen antes de concluir del todo, porque subsiste la “gran maravilla” (como comienza el Inin Huey) de los Ojos de María y del ayate de Juan Diego: Los ojos (como lo descubrió don Carlos Salinas Chávez en 1951) reflejan la figura de Juan Diego en las tres imágenes según la ley llamada de Purkinje-Sanson, en el preciso momento en el cual, según el Nican Mopohua (vv. 172, 173) María, inclinándose sobre Juan Diego, tomó las flores y las volvió a depositar en el hueco del ayate. En la Imagen, la Señora mira como de través, en lo que el P. Rojas Sánchez traduce como el acto por el cual “te está mirando con afecto”. Y el ayate —hecho con fibras de Maguey Popotule se ha conservado mucho más allá del tiempo que se podía prever para tan frágil materia, rechaza los insectos y el polvo, los colores no provienen de colorantes de ninguna naturaleza y es una rústica manta rala con la cual se cubría quien decía de sí mismo que era sólo un pobre mecapal (mero sostén de cuerdas), es decir, nada (Nican Mopohua, v. 55).

c) El “evangelio de Guadalupe”

1. La Virgen María y el “linaje” de la serpiente.

Es menester, ahora, atender el mensaje mismo de María, tal como Ella acostumbra a comunicarlo, no a “sabios” y “prudentes” sino “a los pequeños” (Luc. 10,21). Cuando visitó a Juan Bernardino, se presentó a sí misma. Dejaré que un especialista en la lengua náhuatl nos ofrezca una traducción literal, palabra por palabra: “Aquí está (dicho) como él (Juan Bernardino) había visto a su sobrino y le había dicho como Ella (la Virgen Santa) le había pedido que fuera a ver al Obispo en México; que él tenía que ir a verlo para explicarle, presentarse a él y relatarle lo que había visto y la forma en que Ella lo curó milagrosamente y sería por lo tanto conocida o llamada o nombrada Perpetua y Perfecta Virgen, Santa María de Guadalupe, su propia imagen”. Sobre el significado de fondo de las últimas líneas hay dos opiniones: La primera, bien representada por el anónimo autor de la traducción citada, que

sostiene: “La palabra en náhuatl ‘te coatlaxopeuh’ tiene el mismo sonido al pronunciarse: ‘tecuatlacupe’. ‘Te’ quiere decir piedra; ‘coa’ significa serpiente; ‘tía’ es una terminación que se puede interpretar como ‘la’, mientras que ‘xopeuh’ quiere decir aplastar o estrujar”. Por consiguiente, su verdadero significado sería revelado en la siguiente traducción: “Su preciosa imagen será por lo tanto conocida (por el nombre de) ‘la perfecta y perpetua Virgen, Santa María’ y Ella aplastará (la religión de) la serpiente de piedra”. Si esta es la traducción correcta, puede verse en el texto una doble alusión: Una inmediata referida a la religión de Quetzalcoatl, la serpiente de plumas de Quetzal, el “inventor de los hombres” y la médula misma de la idolatría; otra mediata referida a la antigua serpiente del Protoevangelio que será aplastada por el linaje de María, el Descendiente, que es Cristo. Un significado conduce al otro.

Otros, en cambio, sostienen que la Virgen pronunció claramente la palabra Guadalupe, palabra castellana de origen árabe que significa “río de luz”, o “río de amor”. Así opina, por ejemplo, el P. Carrillo Alday y añade que de ese modo daba a los misioneros (que bien la conocían bajo esa advocación española) la señal de que verdaderamente era la Virgen María. Por el ambiente cultural en el cual es pronunciado el mensaje y por cierta coherencia interna con la totalidad del Nican Mopohua, me siento algo inclinado hacia la primera opinión; pero, al mismo tiempo, estoy inhibido de opinar en el campo filológico por razones obvias. De todos modos, existe un acuerdo profundo, pero muy visible, entre la Virgen María que es “río de luz” y “río de amor” porque por Ella se introduce en el tiempo Él que es la “luz del mundo” y el amor subsistente, y la Virgen María cuyo linaje aplastará la serpiente antigua y, lo que es lo mismo, la “serpiente de piedra”. Todos cuantos siguen, sobre todo por la idolatría, a la antigua serpiente del Génesis 3,15, constituyen su linaje. Esta es, por tanto, la verdad inicial de su catequesis del Tepeyac.

2. La Virginidad perpetua.

Inmediatamente después de haber llamado a Juan Diego y preguntarle a donde va —a lo que el indio ha respondido que a Misa en Tlatelolco—, dice la Señora: “Sábelo, ten por cierto, hijo mío el más pequeño, que yo soy la perfecta siempre Virgen...(Nican Mopohua, v. 26). La virginidad de María es perfecta porque su voto y libre decisión preexistió a la Encarnación: “¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?” (Lc. 1,34); pero lo es eminentemente, y estaba incluida en la predestinación de María, porque Cristo no podía tener otro Padre que Dios, como enseña Santo Tomás; y porque era menester en virtud de la dignidad del Hijo y de la misma humanidad de Cristo. Pero María también ha pronunciado la palabra siempre, porque así enseña a Juan Diego y a todos los hombres que es virgen antes, durante y después del parto: Antes, porque Cristo fue concebido, siendo María virgen, sólo por obra del Espíritu Santo (Mt. 1,18); durante, porque “he aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo” (Is. 7, 14), es decir, en el acto de dar a luz no dejará por ello de ser virgen, como ha sido confirmado por la Tradición; después, porque el propósito de María no podía no ser perpetuo. Cada indio, al observar la imagen de Guadalupe, en el cingulo leía no sólo la maternidad divina, sino la virginidad perpetua.

3. La santidad de María.

Pero María, en la misma frase, ha dicho también: “Yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María”. Esta sola palabra alude a la participación en la santidad de Dios; pero, en el caso de María, por su plenitud de gracia sobreabundante (*gratia plena*). Esta santidad que fue inicial, creció sin cesar hasta lo que Garrigou-Lagrange llama, “la segunda santificación en el instante de la concepción del Salvador”; creció también hasta el término de su vida, y alcanzó la plenitud final en su entrada en la gloria. Y por eso, en virtud de su incorporación al orden hipostático, en cuanto Madre de Cristo, alcanzó una dignidad tan indecible que Santo Tomás no dudó en sostener que era en cierto modo infinita. En las palabras de María a Juan Diego se contiene implícita la concepción inmaculada porque el Verbo no podía encarnarse en quien no hubiese sido ya redimida (la redención preservante); por eso la Señora dice a Juan Diego que Ella es “la perfecta siempre Virgen Santa...”. Trátase de una santidad que ya había excluido toda mancha, incluido el pecado original.

4. La Maternidad divina.

En el mismo lugar, agrega María que Ella es “Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el creador de las personas, el dueño de la cercanía y de la intermediación, el dueño del cielo, el dueño de la tierra”. María es sólo enviada, mediadora del Mediador y todo, en Ella, conduce a Dios. Es, pues, Madre del “verdaderísimo” Dios; este superlativo parece dirigido a afirmar enérgicamente que se trata del único, uno y verdadero Dios, que excluye el politeísmo y la idolatría; es, por eso, “verdaderísimo”. Este Dios único y uno, es “aquel-por-quien-se-vive”, es decir, el Ipalnemohuani, que es uno de los caracteres de Ometéotl, el Señor de la dualidad; María utiliza la misma expresión, despojada de su sentido mítico-mágico y del dualismo que conlleva; Ipalnemohuani se transfigura en Dios creador que es quien da la vida. La necesidad del cosmos mágico ha estallado: Lo que hay y Dios se distinguen netamente (ontológicamente) y no hay ya lugar para el dualismo. Por eso, se trata de “el creador de las personas”, nueva transfiguración del viejo dios Teyocoyani, el “inventor de gente” que se aplica también a Quetzalcóatl. Dios es “el dueño de la cercanía y de la intermediación” o “del cerca y del junto”, como traduce León Portilla. El Dios de quien María es Madre es “el dueño del Cielo” y “el dueño de la tierra”; es decir, de todo lo que existe y depende de su acto creador. Juan Diego lo entiende y, más tarde, todos los indios habían de entenderlo con la sola observación de la Imagen: El ceñidor de María les dice y nos dice que Ella es Madre, no del Ometéotl de la dualidad, sino de un Ometéotl transfigurado en el único y uno Dios verdaderísimo. Es la deípara generante de la persona divina del Verbo que, en el vientre de María, asume la naturaleza humana uniéndola a Sí mismo en unión hipostática perfecta.

En el Nican Mopohua, insiste María cuando envía a Juan Diego por segunda vez donde el Obispo: “Yo, que soy la Madre de Dios, te mando” (v. 62) y el propio Juan Diego, ante el Obispo, le habla de “la Amada Madre de Dios” (v. 165). Si lo es, eso la convierte en abogada de los hombres (Inin Huey, v. 12) y amorosamente intercesora (op. cit., v. 38).

5. La Maternidad espiritual.

En virtud de su maternidad divina María nos engendra espiritualmente en Cristo. Por eso dice a Juan Diego: “yo en verdad soy vuestra Madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno...” (Nican Mopohua, v. 29, 30). En cuanto Madre física de Cristo es Madre espiritual de todos sus miembros; es decir, es Madre de la Iglesia. Cada uno de nosotros es sobrenaturalmente engendrado por María; somos, realmente, hijos suyos porque Ella nos transmite la vida sobrenatural de Cristo. Ante todo, lo hizo engendrando a Cristo, alimentándolo, presentándolo en el templo y co-padeciendo con Él al pie de la Cruz, lugar en el cual San Juan representó a todos los hombres; por eso, como enseña el Concilio Vaticano II, cooperó de modo singular en la restauración de la vida sobrenatural de las almas y es, por tanto, nuestra Madre en el orden de la gracia. Ella nos defiende, nos educa, nos catequiza sin descanso.

6. María, evangelizadora.

Por lo dicho se ve que María es nuestra Maestra. Y así como cuidó y educó a Cristo hombre durante su vida en la casita de Nazaret, una vez que el Redentor cumplió con su misión, Ella educa sobrenaturalmente; es decir, evangeliza a los hombres. Es lo que dice a Juan Diego inmediatamente después de pedir que le sea levantado un templo: “en donde Lo mostraré (al verdaderísimo Dios), Lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto; Lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación” (vv. 27, 28). Tal es, como dice en el Inin Huey, el destino del templo, “para que allí vengan a conocerme bien, vengan a rogarme los fieles cristianos” (v. 11). Su carácter de evangelizadora se hace una sola cosa con su carácter de mediadora. Juan Diego lo ha comprendido y muy pronto lo comprenderá fray Juan de Zumárraga y, después de ellos, todos los hombres hasta el fin del tiempo.

María ha prometido a su mensajero Juan Diego que, cuando el indito haya cumplido su misión, “mucho lo agradeceré y lo pagaré, que por ello te enriqueceré, te glorificaré; y mucho de allí merecerás con que yo retribuya tu cansancio, tu servicio con que vas a solicitar el asunto al que te envío. Ya has oído, hijo mío el menor, mi aliento mi palabra; anda, haz lo que esté de tu parte” (Nican Mopohua, vv. 34, 35, 36, 37). Y eso es lo que María evangelizadora promete a los mexicanos, a los iberoamericanos, a todos los hombres que empleen su cansancio, su servicio, todo su ser en cumplir aquello a lo que hemos sido enviados: La gloria, como agradecimiento y como “pago” de María. Tal es el magisterio que se sigue de su Maternidad espiritual. A ella alude Juan Pablo II cuando, en su visita al santuario de Guadalupe, le llama “Maestra del sacrificio escondido y silencioso” (27.1.79). En efecto, María ha sido Maestra y Catequista del Nuevo Mundo y su presencia puede seguirse desde el catecismo pictográfico de fray Pedro de Gante o aquel “tolucano” de los comienzos, hasta el enseñado por los hijos de Don Bosco en la Tierra del Fuego. El Documento de Puebla, con toda exactitud, llama a María “la Madre educadora de la fe” porque cuida que nos penetre el Evangelio; Ella es, pues, “la pedagoga del Evangelio” en el Nuevo Mundo.

d) María en el centro de la historia universal y en el comienzo de la historia del Nuevo Mundo

Precisamente en cuanto María es evangelizadora, como egregiamente lo es en el Tepeyac y, poco después, en toda la extensión geográfica del Nuevo Mundo, participa íntimamente del desarrollo misterioso de la historia. Y esto es así, más profundamente, por su Maternidad divina. Como lo tengo escrito hace ya tiempo: “Ella se inscribe en el orden misteriosísimo de la unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo, y como Cristo es la cabeza de la ciudad de Dios en cuanto cabeza de los predestinados, María coopera íntimamente de la dirección providencial de la historia; ante todo, porque la Encarnación se ordena a la Redención y la Redención es el efecto primero de la entrada del Verbo en el tiempo por María; luego, el misterio de la historia de la humanidad (de cada hombre, uno por uno) es, por cierto, crístico; pero, por eso mismo, es intrínsecamente mariano”. Si bien es Cristo el centro de la historia, en virtud de su Encarnación en María, su Madre está también en el centro, aunque subordinada y dispositivamente. Porque es modelo de los predestinados coopera misteriosamente en la historia de cada uno y en la historia de la humanidad y es como el molde vivo de los miembros de la ciudad de Dios hasta el fin de los tiempos.

Si bien debe sostenerse que María está en el comienzo de la historia y antes de la historia, en el centro y en el fin de la historia, de modo particular puede decirse que Ella está en el comienzo de la historia del Nuevo Mundo. Aunque oscuramente esperada (según tengo dicho más arriba) Ella es explícitamente conocida no antes de que América existiera sino cuando América comenzó a existir por obra del descubrimiento que fue acto de la conciencia cristiana; de ahí que, como ya lo he dicho anteriormente, la fe cristiano-católica es fundacional porque el Mundo Nuevo emergió a la existencia en el inicial y progresivo proceso de desmitificación y transfiguración del mundo precolombino. Y como semejante proceso no existe sin María, Madre espiritual mediadora y evangelizadora, la historia del Nuevo Mundo comienza con María. Sin la menor duda se ha de hablar de la progresiva fundación y crecimiento de una cultura indoibérica intrínsecamente mariana.

De lo dicho se sigue que esta nueva cristiandad naciente, en modo alguno ha sido una suerte de yuxtaposición extrínseca desde que el proceso de desmitificación y transfiguración (por la conversión) se realiza ab intrínseco de la misma situación precolombina y ha de continuar siempre en el tiempo. No parece casual sino misteriosamente significativo que la Señora de Guadalupe estuviera presente en el corazón de quienes libraron una de las últimas batallas antes de la desmembración de la cristiandad: Cuarenta años después de la mariofanía del Tepeyac, el azul estandarte de la Virgen de Guadalupe era enarbolado por don Juan de Austria en el golfo de Lepanto. San Pío V, el mismo día 7 de octubre de 1571, conoció por especial revelación divina que la escuadra de la cristiandad acababa de triunfar; atribuyéndolo al especial auxilio de María, añadió al Rosario la nueva letanía: María, *auxilium christianorum*. La Señora del Tepeyac, la “Morenita” que habló en su lengua a Juan Diego y a Juan Bernardino, había extendido su manto protector sobre el mundo cristiano. Casi medio milenio más tarde, ahora desde el Nuevo Mundo, la Virgen María llama a una nueva conversión al Viejo Mundo.

III

SANTA MARÍA DE GUADALUPE, MADRE DEL NUEVO MUNDO

1. María, Celestial Patrona de Iberoamérica

a) La infancia espiritual de Juan Diego —prototipo de los pueblos marianos— y el silencio de Juan Bernardino Desde el Tepeyac

María habla de dos modos: inmediato y mediato. En efecto, inmediatamente su mensaje se dirige, restringidamente, a la Nueva España (México); ampliamente, se dirige a todo el Nuevo Mundo, precisamente en los años en los cuales la conquista ha comenzado a expandirse por el resto de Iberoamérica hacia el sur. Mediatamente, María se dirige a toda la humanidad. María no interfiere el camino hacia el Padre por medio de Cristo. Por el contrario, interviene para contribuir a ello en virtud de su carácter de mediadora del Mediador. Y Ella elige, misteriosamente, a su vez, su propio enviado. Nada añade a la esencia de la revelación; pero, por medio de la oración y la penitencia, la catequesis y la exhortación, conduce a los hombres hacia Cristo. El primer efecto de su cercanía —anunciada en el paisaje y en los cantos de las aves en el Tepeyac— ha sido, en Juan Diego, el sentimiento de su pequeñez (Nican Mopohua, v. 9, 10, 11) y, no bien se siente llamado por su nombre (“Juanita, Juan Dieguito”, v. 12) lo colma una alegría sin turbación alguna (v. 13); del mismo modo lo embargará la alegría mientras camine con las flores en el hueco del ayate (v. 143) disfrutando de su aroma (v. 146). Pero lo esencial es que él es constituido en un enviado que debe transmitir un mensaje: “Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del Obispo de México, y le dirás como Yo te envío...” (v. 33, 37; Inin Huey, v. 8). Abrumado, como el profeta Jeremías, pide ser dispensado de su misión (Nican Mopohua, v. 56). María, más tarde, le llamará “el más pequeño de mis hijos” (v. 58) e insistirá en la necesidad de la misión de Juan Diego que es su intercesor (v. 59) porque hablará al Obispo de parte suya, en su nombre (v. 138). Juan Diego es, pues, mensajero, profeta de María. Respecto de su Madre espiritual, él se llama con total sencillez “tu pobre indito” (v. 38).

¿Quién es el pobre indito de María? En verdad, en 1531 Juan Diego tenía cincuenta y siete años y hacía siete que, junto con su esposa María Lucía (en el paganismo Malintzin), se había bautizado practicando ambos heroica castidad hasta la muerte de María Lucía cuatro años más tarde, en 1528. El mismo día, en 1524, recibió también el bautismo su tío Juan Bernardino quien, como él, pertenecía a los indios Mazehuales. Según todos los testimonios, antes de la aparición de María, Juan Diego ya gozaba de fama de santo. Basta recorrer el sencillo diálogo con la Virgen para comprobar que este hombre de poco menos de sesenta años, había escogido, en su sencillez, la vía de la infancia espiritual; ante María, reacciona como niño, con simplicidad, espontáneamente, consciente de su pequeñez, de su debilidad, de su necesidad de protección. El crecimiento interior que puede llevar hasta la vida perfecta del matrimonio espiritual, no es otro que el crecimiento heroico y eminente de las cualidades nativas del niño, como enseña Garrigou-Lagrange, exceptuando sus defectos. Santa

Teresa de Lisieux fue la maestra de esta vía espiritual (y así lo sostiene Garrigou-Lagrange) mostrando, con candor estremecedor, la propia nada; pero, simultáneamente, ejercitando valor heroico en las pruebas hasta hacerse niño en la presencia de Dios, de modo que “la vía de infancia espiritual concilia admirablemente la verdadera humildad con el anhelo de contemplación amorosa de los misterios de la salvación”. Tres siglos y medio antes que Santa Teresita, encontramos en el vidente del Tepeyac un caso claro de infancia espiritual. La simplicidad total de Juan Diego no es sino el fruto de la gracia santificante que lo vuelve tan transparente y, por eso, capaz del diálogo encantador con María santísima. En él no hay dudas, sino fe; no hay asimiento a nada sino entrega total en la esperanza total; no hay vacilaciones sino caridad transformante. Precisamente por eso María lo ha escogido como su mensajero, como enviado suyo: Es enviado, inmediatamente, ante el Obispo, el apóstol y cabeza visible de la Iglesia de México y, mediatamente, ante todo el pueblo iberoamericano, cuyos miembros son los sarmientos de la Vid.

Juan Diego es enviado no a una “clase” o a un sector, sino a todos, indios, españoles y mestizos; por eso, él es el prototipo de los pueblos marianos; digo esto en el sentido de que es “ejemplar” en relación a la mediación de María entre sus hijos redimidos y el Redentor. Juan Diego —y también Juan Bernardino— también se comporta, a su vez, como embajador, como enviado o mensajero. Y así como Moisés es un tipo de Cristo, o la destrucción de Jerusalén es un tipo del juicio final, análogamente puede decirse que Juan Diego es tipo del pueblo mariano. Quiero decir, de un pueblo que se sabe engendrado por María a la vida de la gracia en Jesucristo; sé perfectamente que todos los hombres son sus hijos; pero, en el caso de los pueblos iberoamericanos, deseo añadir que tales pueblos poseen explícita conciencia de ser sus hijos. Los indios mexicanos, inmediatamente respondieron a semejante llamado y comenzaron a convertirse en masa; muchos españoles arreglaron su vida.

Cuando el santo Obispo de México llevó la imagen de María a su primer templo, fueron con él indios y españoles y, frente a estos, con la cabeza descubierta, don Hernando Cortés. La transfiguración cristiana del mundo precolombino y la renovación espiritual de los antiguos cristianos, era obra de la mediadora del Mediador. Su mensajero, prototipo del pueblo mariano, para ese tiempo y para los tiempos futuros, era Juan Diego.

Detrás de estos acontecimientos, como escondiéndose y anulándose casi hasta desaparecer, se desliza la vida de Juan Bernardino. Inmediatamente después de su narración de que había visto a la Señora “en la misma forma en que se le había aparecido a su sobrino” (v. 204), lo cubre el silencio. El cristiano sabe (y por eso podemos acercarnos hasta cierto punto a Juan Bernardino) que Dios no habla al alma si las potencias no están en silencio. Ese silencio discreto de Juan Bernardino que nos hace olvidar de su persona; el alma, aunque no lo sepa, es secretamente enseñada por Cristo, en el silencio. Y María, con su presencia mediadora y maternal, nos dispone, nos ayuda y prepara. Como una Madre que, con el índice ante los labios, nos invita al silencio para que podamos escuchar la voz del Padre.

b) Los santuarios de María y la piedad popular

Como en todas las mariofanías, en el Tepeyac, en los comienzos mismos de la historia iberoamericana, la Señora pide un santuario para llevar a los hombres a Cristo. El santuario manifiesta a María en su doble carácter de Madre y de Mediadora. Las manos juntas de la imagen de María en el ayate de Juan Diego, significaban para los indios que Ella es creatura; pero está también en el centro del todo, está embarazada y es virgen: Espera al Salvador de los hombres al que dará a luz siendo virgen durante el parto y después del parto; por eso, el santuario es también medio, camino, que la

Mediadora pide no absolutamente para sí sino para conducir a todos a Cristo. El “espacio exterior” del templo abre el “espacio interior” donde, por medio de María, puede Cristo reinar en el corazón del hombre. Tal es el sentido de la Cruz en el templo (el templo tiene forma de cruz) y es signo del Todo, viniendo así a completar el simbolismo del quincunce sobre el vientre de María que es signo de la totalidad. Las gradas del templo, como las etapas de la vía purgativa, son preparatorias para transponer la puerta del santuario; bien observa Romano Guardini que la puerta tiene un lenguaje; aunque se podría entrar a un recinto cualquiera por un boquete, aquí se trata de una puerta pues cuando cruzamos su dintel dejamos atrás el mundo exterior (ámbito del mundo) y entramos en el interior; es decir, en el santuario físico y físicamente visible, ha dejado de ser el fuego de Huitzilopochtli para transfigurarse en el signo del Espíritu; mi propia alma es el fuego que arde ante el Santísimo. En los santuarios de la Virgen María, Ella está allí, en el altar central, siempre con las manos juntas, o con el Niño en los brazos, o con el escapulario en una mano; es decir, como mediación hacia el Mediador y, levantando el corazón hacia Ella, entramos en el “espacio interior”: El santuario físico nos ha instalado en el santuario sagrado; el espacio físico, sacro, del santuario mariano, nos conduce maternalmente al espacio interior. Quien ha podido pensar que la Virgen María, en los santuarios, nos impide llegar “a la vida adulta” o a la “mayoría de edad” como quien no ha terminado de independizarse de las faldas maternas, o no ha comprendido absolutamente nada la misión de María en nuestra vida o, simplemente, anida en su corazón el misterio negativo de quien, en el principio del mal, había decidido no servir. El linaje de la antigua serpiente echa cerrojo a la “puerta” haciendo imposible el ingreso al “espacio interior” del santuario.

Los santuarios de María distribuidos por todo el mundo —cuyo sentido verdadero intuyen los sencillos de corazón— constituyen los signos visibles de esta mediación reduplicativa de María porque simbolizan la mediación para el Mediador. Juan Pablo II lo dice bellamente: “En este tiempo de vela María, por medio de la misma fe que la hizo bienaventurada especialmente desde el momento de la anunciación, está presente en la misión y en la obra de la Iglesia que introduce en el mundo el reino de su Hijo”. Precisamente el santuario mariano es medio de expresión de esta misión de María. Por un lado, nuestro tiempo que es “tiempo de vela” y, por otro, la mediación mariana que religa a cada uno, a cada pueblo, a cada nación con toda su historia, a la acción salvífica del Mediador. De allí la “fuerza atractiva e irradiadora de los grandes santuarios, en los que no sólo los individuos o grupos locales, sino a veces naciones enteras y continentes, buscan el encuentro con la madre del Señor, con la que es bienaventurada porque ha creído; es la primera entre los creyentes y por esto se ha convertido en madre del Emmanuel”. Agrega el Papa en el mismo lugar: “Este es el mensaje de los centros como Guadalupe, Lourdes, Fátima y de los otros diseminados en las distintas naciones”. En su primera visita a la Argentina, ante la imagen de la Virgen de Luján vestida para siempre del celeste y blanco, Juan Pablo II leía el lenguaje de la liturgia que nos “habla de la elevación del hombre mediante la Cruz”. Dios mismo, desde la Cruz, nos ha entregado a su Madre como nuestra Madre (Jn. 19, 26-27).

Iberoamérica nace a la historia con María. Por eso, desde el comienzo tiene María sus santuarios. Algunos se basan en un acontecimiento milagroso fundado (Guadalupe, Chiquinquirá de Colombia, de San Nicolás actualmente); otros, como dice el Dr. Herrán, son milagrosos de base mística (Nuestra Señora de los Ángeles de Costa Rica, de la Caridad del Cobre de Cuba, Nuestra Señora Aparecida de Brasil, etc.) y, por fin, otros estrechamente vinculados a un acontecimiento histórico (del Carmen de Maipú de Chile, por ejemplo). Largo sería enumerar los santuarios dedicados a María en las ciudades, pequeñas ciudades y villas de toda Hispanoamérica.

El santuario mariano, además del sentido de la presencia de la mediadora del Mediador, como queda dicho, siempre hunde sus raíces en la historia local, nacional o continental; por eso, cada devoto reconoce el santuario como “suyo” y a la advocación de María como a la de la Virgen “suya”, sin menoscabo del carácter ecuménico de María. Desde cada santuario, María sigue ejerciendo el influjo

sobrenatural desmitificador de las idolatrías y mitos (momento de ruptura) y sobrenaturalmente transfigurador generando tanto un hombre nuevo como una cultura nueva (momento de conversión) y reafirmando en la fe, en la esperanza y en la caridad a todos los cristianos.

María, como miembro el más privilegiado del Cuerpo Místico, participa como nadie del influjo vivificador del Espíritu en la totalidad y en cada uno de los sarmientos de la Vid. No debe extrañarnos por lo tanto que en el pueblo cristiano se descubran, como dice Pablo VI, “expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe”. Trátase, pues, de la piedad popular que, si bien tiene sus límites por la posibilidad de deformaciones, como es el caso de la mezcla de supersticiones y la posibilidad de formación de sectas, bien orientada por una buena pedagogía de evangelización es muy valiosa. Y este valor es estrictamente sobrenatural; en el cuerpo total de la Iglesia, es propio del “cuerpo creyente” (Iglesia discente) y, al mismo tiempo, en virtud de la intimidad de María al misterio hipostático de su Hijo de donde fluye su maternidad espiritual de todos y cada uno de los miembros del pueblo cristiano, esta piedad popular es, en su misma esencia, piedad popular mariana. Los ojos de los incrédulos o de aquellos cuya fe está empañada por el espíritu del mundo, son ciegos para este significado profundo de la piedad popular mariana y consideran con mayor o menor condescendencia las manifestaciones de piedad popular, apenas como un fenómeno “cultural” o para-cultural. Les será imposible percibir el llamado de Dios a través de María al que solamente captan los pobres y sencillos de corazón.

Juan Pablo II, en la misma línea de la *Evangelii nuntiandi*, subraya el carácter “indisolublemente mariano” de la piedad popular en Iberoamérica por la cual las gentes honran y alaban a la Trinidad divina en María. En su virtud, los santuarios de María implantados en todo el territorio americano son, según el Papa, “lugares de gracia” ya que ésta, comunicada por Cristo, “nos viene por María”. De ahí la íntima relación entre María (“refugio de los pecadores”) y el sacramento de la penitencia buscado por medio de María; de ahí que sus santuarios sean “lugares de conversión, de penitencia y reconciliación con Dios”. Por consiguiente, los santuarios marianos son centros de catequesis y “lugares privilegiados” para el encuentro de la fe más y más purificada. Gracias a María, el Evangelio de veras se encarna en la originariedad americana gestando la originalidad histórico-cultural cristiana iberoamericana; y como de semejante “encarnación” (que supone el doble momento de la desmitificación y la transfiguración) participa la totalidad de la comunidad social, la piedad popular mariana es manifestación del ser nuevo, cristiano, de Hispanoamérica. De ahí que la piedad popular sea, simultáneamente, resultado de la evangelización y activamente evangelizadora. Como dice el Documento de Puebla, “la religiosidad popular no solamente es objeto de evangelización sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo”. Y así ha de ser desde Tijuana a Ushuaia.

2. María, cristófora y la posible cristiandad iberoamericana

En virtud de su maternidad espiritual, María llama a todos, convoca a fieles e infieles y lleva a Cristo a todos y a cada uno. Simultáneamente llama a Juan Diego y le “lleva” (en cuanto mediadora) a Cristo. En cuanto a lo primero, como ha enseñado Pablo VI, su maternidad es el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia por ser Madre de Cristo que, “desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su Cuerpo Místico que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia”. María es, pues, “neumatófora”, en cuanto nos transmite el Espíritu que habita en Ella plenamente y del cual es Esposa; pero es, al mismo tiempo, cristófora, porque nos da a Cristo al que continúa haciéndolo nacer en las almas. Su influjo no concluye en el acto del bautismo en el cual nos concibe uno por uno; sino que continúa formándonos mediante la evangelización permanente, logrando para nosotros las gracias necesarias para la salvación. En este sentido “lleva” a Cristo a los hombres. María es, pues, cristófora en dos sentidos o en dos tiempos: Ante todo, porque llevó físicamente a Cristo en su seno durante nueve meses, desde el instante en el cual nos concibió en Nazaret, dándonos a luz en el Calvario. Y, en segundo lugar, porque, como ya dije, continúa haciendo nacer al Redentor en las almas hasta el fin del tiempo. En este aspecto es doblemente cristófora. María ha sido y es cristófora para el Nuevo Mundo. En la tilma de Juan Diego, el ceñidor de su cintura significaba para el indio, como ya dije, que la joven estaba embarazada; que “llevaba” en su seno a un Niño. Simultáneamente, bajo la docencia de los misioneros, el ceñidor simboliza la casta virginidad. Luego, María se muestra como Virgen y Madre: Cristófora en cuanto el Niño que “lleva” es Cristo y cristófora porque dará a Cristo a los indios haciéndolo nacer en sus almas. Y en ambos sentidos, genera, con Cristo, el mundo nuevo. El Nuevo Mundo es, por tanto, mariano. Este continuo nacimiento de Cristo en las almas de los iberoamericanos y, por consiguiente, de la sociedad iberoamericana, significa la posibilidad real, por medio de María, de la “impregnación” cristiano-católica de cada hombre, de cada sociedad menor, de toda la sociedad y de sus instituciones. Por tanto, debemos hablar, con sólidos fundamentos, de la fundación, consolidación y expansión de la cristiandad mariana iberoamericana. Dicho de otro modo, la cristiandad iberoamericana será mariana o no será cristiandad. Y, más allá de la debilidad, de la segura oposición total de los grandes “imperios” de este mundo, Hispanoamérica va en camino. Los grandes poderes de este mundo inmanentista, lo tienen todo y no dudan en hacérselo saber, preferentemente en inglés. Iberoamérica es, para ellos, polvo. Pero Alguien les falta: El dueño de la historia secreta de los hombres. Y también, les falta mientras no se conviertan Aquella cuyo amado Nombre venía grabado en la nave capitana del Almirante Cristoforo.